

FACT AND OPINION

JOSÉ ENRIQUE RODÓ Y LA SELECCIÓN EN LA DEMOCRACIA

ESTHER PEREYRA-SUÁREZ
San José State University

Han transcurrido ya 75 años desde la aparición de *Ariel*, el libro más comentado de José Enrique Rodó, y ni la investigación está agotada ni la lista de revisiones cerrada. El ensayista uruguayo representa todavía un valor estimulante y plantea ciertos enfoques de singular agudeza. Me limitaré exclusivamente a un aspecto de su obra: la democracia calificada, expuesta en la 4a. parte de su discurso arielico.

En una época cuando escritores como García Calderón, Santos Chocano, Lugones, Vallenilla Lanz¹ y otros se inclinan hacia la dictadura como única solución para América, Rodó insiste en organizar la existencia en el continente bajo normas de libertad. Acepta la democracia como un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse. Reconoce, sin embargo, sus imperfecciones y la necesidad de asegurar un ambiente más propicio para la cultura intelectual. Favorece la formación de una aristocracia intelectual constituida por la selección de una *élite*, que no desvirtúe los ideales en que se funda la organización democrática. No se trata de una casta cerrada y hereditaria, ni de una oligarquía omnipotente de sabios, estilo Renán. Es un conjunto de hombres que, tan sólo por sus méritos personales, son extraídos de la masa popular para constituir una clase dirigente. Oigámoslo:

Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescindible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, como las aristocracias, la distinción de la calidad; pero las resuelve a favor de las calidades realmente superiores—las de la virtud, el carácter, el espíritu,—y sin pretender inmovilizarlas en clases constituidas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta, *renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo* y la hace aceptar por la justicia y el amor . . . “La gran ley de la selección natural—ha dicho luminosamente Fouillée—continuará realizándose en el seno de las sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad.”²

El concepto rodoniano de la igualdad democrática reposa sobre el pensamiento que todos los hombres son creados iguales y están dotados por la naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. La desigualdad se debe al ambiente, la educación y la oportunidad. De ahí que Rodó crea en las posibilidades casi ilimitadas de la educación que perfecciona las aptitudes naturales.

El Estado debe proporcionar los medios para que todos los hombres, sin distinción de posición social o económica, tengan la oportunidad de desarrollar sus facultades intelectuales y morales. Al proveer iguales ventajas a todos y al estimular el descubrimiento racional de los dones naturales, el Estado se convierte en una especie de promotor de la ley de selección natural. Esto significa también que la democracia, aceptando la selección de los más capaces y preparando a las masas para el reconocimiento de las legítimas superioridades, es el instrumento en la creación de un grupo selecto, de una aristocracia intelectual.

“El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática, lejos de oponerse a la selección de las costumbres y de las ideas, es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente providencial de la cultura.”³

La igualdad puede significar una igual posibilidad, pero nunca una igual realización entre los miembros de la sociedad, ya que ésta depende de otros factores que los decretos de la ley humana. Las potencialidades del ser no se desarrollan en el mismo grado en todas las personas. La rica diversidad de cualidades, aptitudes y valores, en parte son innatos, y en gran

parte son producto del esfuerzo propio y del afán de superación. La igualdad, que es la única línea que permite medir el esfuerzo de cada uno, y que es el punto de partida necesario para discernir a quienes corresponden los primeros puestos en la escala social, no podría implicar nivelación de aptitudes. Hay que conceder a las superioridades morales—que son accesibles a todos—el reconocimiento necesario para el progreso humano. Fuera de esa igualdad inicial de condiciones y medios, debemos esperar una desigualdad final. Así considerada, la democracia resulta una lucha, no para reducirlo todo al más bajo nivel común, mas para elevar a todos al más alto grado de cultura posible. Los que sobresalen por sus talentos y virtudes son los mejores. Y éstos ganan el derecho de dirigir. Pero el hombre superior siente el bien de los demás como la mejor ejecutoria de la propia grandeza y predomina sólo para servir mejor a todos. Por otra parte, la autoridad moral de la *élite* es consentida por la libertad de los ciudadanos de la sociedad. Así la moral cristiana, por la que cualquier superioridad debe aceptar mayores deberes cuanto más encumbrada sea, establece un límite a esta idea de aristocracia.

La fuerza del número no debe sacrificar la libertad del pensamiento individual e instaurar una dictadura de la multitud, ni de un César. Es necesario que la democracia consagre la distinción de calidad, de inteligencia y virtud y reconozca las jerarquías superiores, imprescindibles para el desarrollo de toda civilización. América, con su fuerte dosis de inmigración europea, corre aún más el riesgo de degenerar en la tiranía irresponsable del número. Sólo la educación del pueblo, la elevación mental y moral de las masas, puede hacer posible una democracia ideal donde todos ejerzan sus derechos y donde se destaquen, en una libre competencia, los mejores y más cultos. La democracia, así concebida, permite a cada individuo desempeñarse según sus fuerzas y merecimientos. No sacrifica la libertad individual a la imposición avasalladora de la voluntad colectiva.

El triunfo del número sería legítimo si

todos los ciudadanos de un país gozaran de instrucción y educación cívica; pero como no reconoce las desigualdades morales e intelectuales, la democracia corre el riesgo de convertirse en mediocracia. Ya Henry Bérenger en su conocido libro *L'aristocratie intellectuelle* lo había anunciado: "Elle se choisit des représentants médiocres à l'image du nombre, des serviteurs parvenus qui la trompent en s'alliant avec la Ploutocratie. Le Nombre n'est, comme l'Argent son frère, qu'un bâtard de la Force."⁴

A Rodó le preocupa la facilidad con que triunfan los mediocres y como escalan los puestos que deberían ocupar aquellos más capaces de orientar a las sociedades hacia sus verdaderas metas. Repugna a su sensibilidad de artista el crudo positivismo de una democracia de amasadores de fortuna, dominada por el culto de Mammón. Su disgusto por "las hordas inevitables de la vulgaridad—cuyo Atila podría personificarse en M. Homais—" lo lleva a sentir prevenciones contra la ascensión al poder de las masas incultas. Estas "falanges de Prudhommes feroces que tienen por lema la palabra *mediocridad*" viven animadas por el odio de todo lo superior. Su fórmula social es una democracia "que conduzca a la consagración del pontífice 'Cualquiera,' a la coronación del monarca 'Uno de tantos.'"⁵ La alta cultura de las sociedades debe precaverse contra la obra disolvente de estas hordas.

Es interesante notar que diecisiete años más tarde, al mencionar el odio de los mediocres por las jerarquías superiores, Ortega y Gasset desarrollará el mismo pensamiento en su "democracia morbosa." Dice el pensador español que cuando un hombre se siente a sí mismo inferior por carecer de ciertos atributos—inteligencia o valor—procura indirectamente afirmarse ante su propia vista negando la excelencia de esas cualidades. Este mecanismo mental, descrito hoy en día con el neologismo "racionalización," es una inversión total de los valores. Y añade: "Periodistas, profesores y políticos sin talento componen . . . el Estado Mayor de la envidia, que, como dice Quevedo, va tan flaca y amarilla porque muerde y no come. Lo que hoy

llamamos 'opinión pública' y 'democracia' no es en grande parte sino la purulenta secreción de esas almas rencorosas."⁶

Aunque Rodó muestra cierta prioridad en el tratamiento de este tema, no es mi intento sacar insensatas conclusiones de supuesta superioridad o exclusividad de uno u otro escritor. Creo que las coincidencias y semejanzas son inconscientes por parte de los dos, y que simplemente contribuyen al enriquecimiento de nuestra apreciación del genio de cada uno.

Rodó es un idealista y cree firmemente en la posibilidad de educar a los hombres. No reconoce incapacidad en hombre alguno, por el mero hecho de haber nacido blanco o negro, pobre o rico. Dada una conveniente instrucción, el hombre es capaz de mucho.⁷ De ahí que la educación popular adquiera un interés supremo: "Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales."⁸

Todo un programa de educación está contenido en esta orientación. El Estado deberá colocar los medios al alcance de todos y así corregirá las desigualdades económicas. Abrirá las puertas de las universidades a los espíritus superiores, sin distinción de clases. Luego, se cultivará el sentido de la emulación y se permitirá que los más aptos obtengan el premio de la preponderancia. Rodó creía en un mandato de los mejores, pero deseaba que éstos pudieran ampliamente destacarse en la libre competencia de la democracia. A Rodó le interesaba el individuo, el hombre; pero no creía en el idéntico desarrollo. Su obra se consagra a educar la minoría intelectual de futuros conductores sociales representada en el grupo que escucha a Próspero.

Todas las reservas que Rodó tiene contra la democracia, y que expone en *Ariel*,

se deben a que para él, en primer plano, está el individuo. Como las corrientes colectivistas—que tienen su comienzo en el siglo XIX—tienden a negar esa importancia, en Rodó hay una exigencia en el otro sentido: la máxima realización de lo individual. Su preocupación constante es hacer consciente al hombre de la riqueza que guarda en su interior y liberarlo de todo lo que impide su auténtico desenvolvimiento para que se manifieste en su plenitud. Este prurito de realización humana raya a veces en lo heroico. Pero el heroísmo no debe confundirse con la idea del superhombre nietzscheano. No se trata de crear un tipo diferente, sino de llevar al hombre a su expresión más alta, a que sea lo que es capaz de ser.

Racionalmente concebida, la democracia facilita más que ningún otro régimen la expansión de las superioridades intelectuales y morales, imprescindibles para el desarrollo de toda civilización. Así Rodó rectifica el concepto de democracia, postula su reforma y expresa su esperanza en la educación de las muchedumbres que la integran. La rectificación consiste en conciliar la igualdad con la selección: igual punto de partida para todos, a fin de hacer posible la revelación de las aptitudes; pero desigualdad final como sanción natural de la vida al esfuerzo y a las condiciones de cada cual. La reforma implica el predominio de la calidad sobre el número. Hay que salvar, frente al "rasero nivelador," los valores selectivos de la individualidad. La educación suscita el sentido del orden, la idea de la justicia, el sentimiento de las legítimas superioridades intelectuales y morales. Tal es el concepto en que Rodó funda el triunfo de la democracia. El conflicto entre aristocratismo y espíritu democrático se resuelve en una fórmula ecléctica: aristocracia nacida de la democracia.

A las legítimas aristocracias del espíritu para la orientación y el gobierno colectivo, Rodó las llama la "aristarquía de la moralidad y la cultura." Es que, en la selección de una minoría culta rectora, él concede tanto valor a la virtud y al carácter como a la misma inteligencia. Lo que propone es una *meritocracia*, de acuerdo a esta fórmula

la: Inteligencia + Esfuerzo = Mérito.

La diferencia entre la aristocracia tradicional y la aristodemocracia es que la primera se funda en un principio de selección adscripto a grupos sociales organizados sobre el privilegio de la casta. La segunda renueva su aristocracia dirigente en las fuentes del pueblo, sin confiar en el azar del derecho hereditario. Superioridad no significa raza, privilegio ni situación económica, sino calidad. Y es necesario que se haga efectivo el gobierno de la calidad sobre el número y que dirijan a las masas los mejores. A la Universidad le corresponde crear la aristocracia de la cultura. Y ella ya se siente protagonista en los cambios como lo revela el tema de la Universidad de México: "Por mi raza hablará el espíritu."

En toda sociedad, monárquica o republicana, comunista o capitalista, existen siempre clases selectas. Y ellas no permanecen estáticas, sino que se renuevan continuamente. Ciertos elementos llegados "de abajo" se les incorporan y otros que a ellas pertenecieron dejan de integrarlas. Dice Alberto Zum Felde que las virtudes propias del tipo humano sólo alcanzan su desenvolvimiento en el cultivo calificado de las minorías. De ahí que "cierto grado de individualismo y de aristocracia sea absolutamente necesario en el orden humano, para que la humanidad no pierda sus altas categorías del ser, y la cultura sus más preciosos valores."⁹ Además, la formación de las masas requiere una dirección centralizada y de experiencia que presupone particulares conocimientos técnicos y, por tanto, hace necesaria una capa superior directiva.

Desde el punto de vista general, las grandes democracias de Occidente son hoy, de hecho, "democracias de directores," según la expresión de Alfredo Weber.¹⁰ En Inglaterra, Estados Unidos y Francia, quienes dirigen la política son directores seleccionados en formas democráticas. En Inglaterra, es la antigua nobleza, hoy mezclada con elementos proletarios y burgueses, la que consiguió apoderarse de las grandes máquinas de los partidos y convertirlas en instrumento suyo. Los Estados Unidos están dirigidos por un pequeño grupo de hombres notorios, que se han

distinguido en la administración y legislación. Francia ofrece una selección de hombres profesionales, formada en gran proporción por *avocats d'affaires* y *avocats conseils*. Justamente la clase directiva de Francia, que tantos éxitos ha conseguido, merecería un análisis sociológico esmerado.

Toda sociedad—lo afirmó Ortega y Gasset hace cincuenta y tantos años—es la articulación de una masa con una minoría. La masa es organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos, pero sin la interacción de ambas la vida colectiva no es posible. Ortega se dedicó a estudiar esta articulación, a mostrar que el buen éxito de un cuerpo social depende, en gran parte, de la normalidad de esa acción recíproca.¹¹ El pertenecer a la minoría rectora no es una condición permanente de ciertos hombres, sino una función que cada uno ejerce en tanto está calificado para ello, y tan pronto como esa función acaba, el individuo se reintegra a la masa.

La *élite* social directiva es de suma importancia en todo país. Frank W. Blackman opina que una democracia no puede sobrevivir sin un número suficiente de líderes intelectual y moralmente capaces: "Perhaps in no other form of government is leadership so essential as in a democracy. Good leadership is more essential in a democracy than in an autocracy, because the latter is so clearly organized traditionally that it will carry forward by its own momentum when a democracy might go to pieces."¹²

La teoría de una *élite* como grupo social directivo ha sido tema frecuente en la historia del pensamiento occidental durante las últimas tres generaciones. Como del análisis de los italianos Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Roberto Michels,¹³ se desprende la idea de que es un ideal impracticable, al término *élite* se lo asocia a veces con gobiernos totalitarios. Sin embargo, hemos establecido que Rodó no se encuentra en la misma línea de pensamiento. Para el uruguayo el pueblo sigue siendo el árbitro soberano porque democracia es acatamiento a la voluntad del mayor número. Lo que pide es una multitud capacitada que, por consentimiento espontáneo, se deje orientar por una *élite* espiritual.

En conclusión, *Ariel* es doctrina de moral, no de política. Pero sirve para la moral política, porque el político ha de ser un hombre integral. Rodó sólo trazó grandes rumbos, los esenciales, válidos para cualquier circunstancia, de lugar y de tiempo y que pueden por ello subsistir. Y ésta es su vigencia. No articuló un programa, afiliándose a determinado credo social. Fue un anunciador, tan sólo, pero no un teórico, ni un sociólogo. No fue un filósofo, pero dejó un fermento de ideas.

Hasta ahora el gobierno ha sido de los más aptos para conquistarlo y no siempre de los mejor preparados para ejercerlo. ¿Lograrán la reconstrucción de Iberoamérica los hombres de letras? Sin duda, los intelectuales, filósofos, escritores, educadores, sociólogos y demás, pueden y deben marcar rumbos nuevos al ser humano. Pero esta labor, que es enorme y por demás compleja, requiere el consorcio de muchas otras fuerzas, como son la transformación económica, la sanidad pública, una educación más completa de la masa social, para no citar más que algunas. Todavía la ignorancia, la pobreza y la enfermedad hunden en la sombra a muchos pueblos. No existe un ambiente propicio donde las potencialidades del ser humano dispongan de oportunidad para desarrollarse plenamente.

Además, toda superioridad es, en potencia, una ocasión de celo. El encono que suscitan la mayor fortuna o la mejor posición social se suaviza, en parte, en cuanto dichas ventajas pueden ser compensadas mediante la afirmación de otras condiciones, reales o supuestas, que se reputen más valiosas. Por otra parte, son de carácter cuantitativo, producto de un cómputo cuyos resultados a veces se alteran. Pero la inteligencia es una superioridad cualitativa, y cuando las personas que más la poseen y la cultivan se consideran una minoría selecta, existe el peligro de provocar un resentimiento de parte de los menos favorecidos.

Por todo lo aducido, creo que el reino de Rodó es para una humanidad superior, para sociedades de un mayor desarrollo. Su

mensaje, no obstante, queda en pie y debe subsistir como una noble incitación. Es un ideal que nos incumbe conquistar. Esperemos que el acceso cada vez más general a la educación permita a un mayor número desarrollar sus talentos. Acaso logre así realizarse el sueño de Rodó de establecer con los mejores una aristarquía de la moralidad y la cultura: la más justa selección en la democracia.

NOTAS

¹Francisco García Calderón, *La creación de un continente* (París: Librería Paul Ollendorff, 1912); José Santos Chocano, *Idearium tropical. Apuntes sobre las dictaduras organizadoras y la gran farsa democrática* (Lima: Casa Editora La Opinión Nacional, 1922); Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, 2a. edición (Caracas: Tipografía Universal, 1929).

²*Ariel, Obras completas*. Editadas con introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal (Madrid: Aguilar, 1957), p. 224 (el subrayado es mío).

³*Ariel, Obras completas*, p. 224.

⁴Henry Bérenger, *L'aristocracie intellectuelle* (París: Armand Colin & Cie., 1895), p. 243.

⁵*Ariel, Obras completas*, p. 221.

⁶José Ortega y Gasset, "Democracia morbosa," *El espectador*, II, *Obras completas* II (Madrid: Revista de Occidente, 1946), 137.

⁷Con el adelanto de la ciencia psicológica hemos aprendido que el cerebro posee más poder que el que desarrolla y utiliza. El ser humano realiza poco más que cincuenta por ciento de lo que podría hacer con su mente y cuerpo.

⁸*Ariel, Obras completas*, p. 225.

⁹*El ocaso de la democracia. Apuntes de una nueva filosofía política* (Santiago de Chile: Zig-Zag, 1939), p. 27.

¹⁰*Cuadernos de política* (Madrid: Revista de Occidente, 1932), p. 149.

¹¹En su *España invertebrada* (Madrid: Calpe, 1922), atribuye la tragedia española a la falta de minorías selectas y a la rebeldía anárquica de las masas que desprecian a los valores ejemplares.

¹²"Working Democracy," *Publications of the American Sociological Society*, 14 (1920), 10.

¹³*The Ruling Class* (New York: McGraw-Hill Book Company, Inc., 1939); *The Ruling Class in Italy before 1900* (New York: S. F. Vanni, 1950), *Political Parties. A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy* (Glencoe, Illinois: The Free Press, 1958).